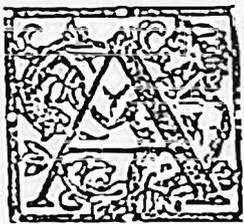


Mariano Latorre

Permanencia y sentido de Hernández Catá



PENAS llegó a Chile, nos dimos cuenta que Hernández Catá no era un Ministro Diplomático como los que nosotros conocíamos.

El medio oficial no era su medio. Sólo lo soportaba inteligentemente. Psicólogo profundo, conocía muy bien a esos hombres oscuros que, cubiertos de cruces y de honores, acomodaban caras circunstanciales, según la ceremonia a que debían asistir

Ya lo había expresado rudamente en una de sus novelas: Empezaba a conocer (se refería a un secretario de Legación) los tres grandes secretos de la diplomacia: la ignorancia, la sonrisa y el silencio.

No era, pues, un burócrata cualquiera, enmarcado entre los cuatro ángulos de una oficina, sino una personalidad vigorosa, de seductora simpatía, sorprendente cultura y rica imaginación.

No lo formaron los moldes de cancillería ni estapistas accidentales decidieron de su carrera. Fué la

vida su maestra, desde su romántica fuga de la Escuela Militar de Toledo, tal el héroe de una comedia de capa y espada, hasta su frecuentación de los cafés madrileños, donde escuchó el verbo procaz de Valle Inclán en la «Granja del Henar» o la substanciosa charla de Ramón y Cajal en el Café del Prado.

El embrujo colorido de la bella imagen, la ingeniosa observación del hecho real, aplicado a la literatura o a la política, las asimiló en las peñas madrileñas. Don superior de condensar y de zaherir, de evocar y de comprender. La calidad de lector la había adquirido ya en las tabaquerías habaneras, ante los mestizos apasionados y ante los españoles cultos, como en las tribunas de los refectorios conventuales.

Lo veo, dictaminando un mediodía sobre un almuerzo mezquino y mal cocinado. Se yergue su cabeza de crespas melena y de sus labios sensuales fluye miel de ágiles palabras y agridulce sabor de epigrama.

—Una taza de buen café compensa un mal almuerzo, dice.

No fué una taza de buen café la que bebimos, el buen café como la buena inteligencia huyeron hace tiempo de la tierra chilena, pero esta idea, la del buen café, dormitando en el fondo blanco de una tacilla de porcelana, significó para mí un símbolo de su espíritu, de su vida y de su característica de escritor.

Tierra de manigua y luz isleña, era el sorbo de café. Sobriedad en su microcosmos obscuro, gérmenes de ideas apozadas en sus moléculas profundamente

unidas Metáforas, en los labios de Hernández Catá. Síntesis admirable en su arte de contar. Compensación de lo vulgar cotidiano en el milagro fugaz de un beso o de un apretón de manos cordial.

Por esta experiencia que tenía de las peñas de Madrid le sorprendió a Hernández Catá, el poco contacto que existía entre los escritores chilenos, separados por desniveles sociales o banderías políticas. Y le sorprendió aún más la pobreza de su conversación. La mayoría guardaba sus emociones sin poder exteriorizarlas. Y puede decirse sin exagerar que en la esquina de la calle Huérfanos, bajo la marquesina de la Ville de Nice, conversó y enseñó a conversar a sus camaradas recientes. Llegaba a las doce, escoltado por un canciller de la Legación de Cuba, un muchachón alto, de revueltos crespos, que tenía un coruscante apellido: Oramas.

—Oramas, comentaba Hernández Catá, fué formidable nombre para una novela de piratas en el Mar Caribe.

A veces, nos sentábamos en la mesa de un bar. La ruidosa algarabía de los bebedores, el choque de las copas y el golpe de los cachos en las mesas no permitían conversar, ni las palabras lograban posarse en la atención.

Hernández Catá ordenaba la retirada:

—Volvamos a nuestra esquina. No son estos bares los cafés madrileños. Aquí no somos escritores reunidos, sino consumidores mezquinos. Además, Oramas

necesita lucir en Huérfanos la nueva onda que acaba de inventar. Ayer caía sobre la oreja izquierda. Hoy se asoma por la sien derecha.

Esta modalidad risueña, intencionada, de Hernández Catá, en que la nota afectuosa neutralizaba el picor de la ironía, era en él algo espontáneo, sin ningún afán exhibicionista. Originado en un carácter de raza, el choteo cubano, fuente de ingenio o la Coba de Madrid, matiz humorista de la castiza ciudad.

Caían personas y acontecimientos bajo la gracia chispeante de sus palabras. Eran observaciones sin agror ni malevolencia.

Sobre Chile le oí muchas veces justas apreciaciones.

—Los chilenos son andaluces y castellanos, gobernados por un grupo de comerciantes vascos y navarros. Esa antítesis racial separa las clases sociales y complica la política. El roto, por ejemplo, es un andaluz típico. Es alegre, huasón. Ha creado la talla, prima hermana del chiste sevillano; pero la talla no ha roto la impermeable gravedad del vasco o del navarro, enfermo de teología. Ellos le restaron, no me cabe duda, la corrida de toros al panorama de la vida chilena y convirtieron a Santiago en el patio de un convento grande. Y hay que pensar qué toreros habrían sido los huasos y los rotos con lo corajudos que son.

—Arrejado, decimos nosotros, le interrumpía yo.

—Bueno, arrejado. Acepto el chilenismo, Latorre.

Latcham, siempre informado, acotaba:

—Aunque don Manuel A. Román lo califique de vulgarismo grosero.

Acogió la obra literaria de sus amigos o de los noveles escritores que acudían a pedirle un juicio o un consejo, con generosa amplitud. Era un lector incansable y poseía una memoria de prodigio. Leyó los manuscritos de los poetas y los novelistas con una paciencia tenaz y escudriñadora. Una cita oportuna aclaraba analogías dudosas. Otra, confirmaba un acierto. Su palabra de aliento brotaba límpida, inagotable y su mano tibia, cariñosa, se posaba, en un ademán de camaradería, sobre el hombro del joven poeta o del novelista en agraz. Así creó ese ambiente de simpatía intelectual que ha de hacer inolvidable su paso por Santiago.

Y sin embargo, qué enorme antítesis existió entre el hombre y el creador artístico. No quiero referirme a la expresión literaria, tan rica de imaginación y de ideas en la conversación como en el estilo del novelista, sino al sentido de su arte, a la filosofía de su creación. Si el hombre era alegre, compasivo y acogedor, amargo y escéptico fué el novelista.

Los personajes de sus novelas y los conflictos psicológicos que los unen o los separan están marcados con el signo de la tragedia y de la muerte.

Los senequistas de principios del siglo XVI recor-

daban a menudo esta frase de Séneca: Aquél que no pasó dolor no tiene derecho a decir que ha vivido.

Es la médula de la obra novelesca de Hernández Catá, según Balseiro. Y también la esencia del arte español del siglo XIX y principios del siglo XX.

El fin del siglo, el 98, es una aguda crisis para España. El romanticismo se ahoga en la trágica realidad. El escritor hispano observa y analiza las causas de la catástrofe. Y sin quererlo se encuentra a sí mismo. Vuelve a un sentido que ya conocía, al siglo XVII, casuística especulación sobre las causas de la decadencia del Imperio español. Y Cervantes y Quevedo, cada uno a su manera, explican por qué se produjo la tragedia.

Hernández Catá, escritor cubano, está más cerca del pesimismo español que del regocijo de su isla libertada. Ama a su tierra, pero siente en carne propia la ruina de España. El medio en que vivió no era el de un país seguro de sí mismo. Los españoles y los cubanos, pasado el período de lucha, se encontraban ante el mismo problema: la inseguridad del porvenir, la incapacidad ante la lucha económica, la abulia, la sensibilidad romántica predominando sobre una acción reconstructiva y práctica.

Hernández Catá, así me explico el sentido trágico de su obra, no ve el escenario de España y de Cuba bajo el velo de las ideas, sino a través de su emoción. Es un poeta que tuviera conciencia de su anacronismo

sensitivo y se refugia en la sonrisa irónica, en la arrogancia de un gesto burlón. La ironía, explica, es un dolor que no acierta a llorar y sonríe. La ironía es un veneno dulce.

Y si analizamos las confesiones de Pelayo González, algo así como un dietario de sus sentimientos o ahondamos en el vértigo pasional de «El bebedor de lágrimas», uno de sus relatos más sinceros, fijaremos el concepto que sobre la vida y sobre el amor se había formado el escritor cubano.

La ironía no es sino el matiz de un sentimiento más profundo. Se pueden entresacar de su prosa frases axiomáticas, que expresan sintéticamente la filosofía del autor.

«El amor se pinta ciego, no tanto por lo que se deja de ver, cuanto por lo bien que acostumbra a servirse del tacto».

«Ningún gesto se parece tanto al de la meditación como el de no estar pensando en nada».

«Ningún equívoco tan dramático como el del hombre que le pide a una mujer un instante y se oye ofrecer la eternidad».

El novelista vive apasionadamente su vida. Ama y piensa, piensa y ama, pero no está contento del resultado y del sentido que la realidad le ha impreso a su vida. A sus personajes los precipita un soplo de fatalidad ineluctable. El destino los enrolla en su turbión y los aniquila. Y el autor se complace en martirizarlos. Turguenev anotaba algo parecido de Cervantes. Nin-

gún héroe novelesco fué más apaleado que el Quijote por su autor, según el escritor ruso.

Luis Vivanco, el protagonista de «El bebedor de lágrimas», se imagina paladear el triunfo del amor. Se convence, al fin, que las lágrimas femeninas embriagan y deprimen como el alcohol. Es un veneno que lleva en su transparencia luminosa la derrota varonil. Luis Vivanco se ha creído conquistador y es conquistado y deshecho. Sólo la muerte resolverá su problema. El Bebedor de lágrimas, un don Juan moderno, no va a encontrar nunca la paz espiritual, el sosiego que anhela tras el torbellino de su vida.

El novelista hace gala de su penetración psicológica y de su experiencia amorosa en la interpretación de los caracteres femeninos que figuran en la ficción. Quizá la más honda de Hernández Catá.

Europeas y criollas, coquetas o fieles, complicadas o elementales, se destacan con fuerte relieve humano, con una real individualización femenina.

Hernández Catá no destruye materialmente a su personaje. Es su característica de escritor moderno. Su héroe es sólo un fracasado espiritual. Su cuerpo no recibe las rotundas palizas del caballero manchego. Es más bien un torturado trágico, como el Anselmo del Curioso Impertinente.

En el grupo de novelas que Hernández Catá tituló «Los frutos ácidos», podemos observar el mismo sentido amargo de la realidad. No prueban los héroes de

esta trilogía el fruto sazonado de la vida, sino los frutos ácidos, sin el dulzor de la madurez.

La protagonista de la primera de estas novelas, una humilde obrera, aspira a ser actriz. El fruto ácido se lo ofrece el seductor, un cómico que la engaña y que la abandona. Roto su ensueño, vuelve a la simplicidad de su vida obscura. Es un cuadro del Madrid de fines del siglo. No tiene ni la fuerza ni la originalidad de sus compañeras de colección, «La piel» y «Los muertos», novelas de Cuba.

La primera de ellas es uno de los más patéticos análisis de la vida de un negro, cuyo espíritu era de calidad superior. Consistió su tragedia en vivir infortunadamente entre los blancos, porque su alma de selección le impidió acercarse a sus hermanos de raza.

«Los muertos» es uno de los grandes aciertos de Hernández Catá como psicólogo y como narrador. Esos muertos, los leprosos de un lazareto, agonizan encerrados en sus cuartos, bajo el esplendor de un cielo de oro y en un paisaje de feérica fertilidad. Sin embargo, el amor, el odio y el crimen estallan en esos cuerpos informes y malolientes, desesperadamente aferrados a la vida.

Ya en los frutos ácidos, Hernández Catá había abandonado el relato de larga extensión por la brevedad del cuento. En este género encuadran admirablemente sus condiciones de síntesis, su abondamiento en profundidad del drama humano y la fulguración de su estilo, de cepa muy castiza. pero en cuyas frases,

especialmente en las imágenes, se advierte el origen cubano del autor. Carnosa jugosidad de fruta del trópico, refulgir de la luz en el barniz de las hojas de los ceibos y guarumos de la manigua.

«Para épocas extáticas, comentaba Hernández Catá, en que el movimiento y la aventura eran excepcionales, escribiéronse las novelas latas, propicias a las horas de tedio; para hoy que estamos enfermos de velocidad, sean los cuentos y las narraciones breves; que no de las dimensiones lineales, sino del poder profundizador del artista, dependerá dotarlas de virtud para producir, sin mengua, una alegría, un dolor, un anhelo un paisaje o un universo íntegro. En la pupila de Cleopatra veía Antonio el inmenso Nilo, lleno de galeras. No puede dudarse, pues, de la capacidad de un género que así concilia el ritmo acelerado de estos tiempos con la aptitud de recibir cuanto de observación la fantasía y el pensamiento otorgan a las obras imaginativas».

Pero lo que Hernández Catá no anotó, porque pertenecía a un grupo de artistas puros, enamorados de la vida y de la perfección artística, fué la decadencia del género novelesco, convertido por la desintegración espiritual de la vida moderna en un reportaje político, en una sucesión de hechos dispersos y de personajes elementales.

A mediados de este siglo turbio, murió trágicamente el claro y humano Hernández Catá. Quizá bajo un signo afortunado, porque este instante del mundo no es

un renacimiento sino una descomposición. No una aurora, sino un crepúsculo enfermo, removido por motores de aviones y rayado de mortíferas luces de bombas.

El azar quebró la vida del novelista. Como la del sabio Pelayo González o la del insaciable bebedor de lágrimas.

Recuerdo sus palabras, a raíz de su regreso a Chile, a fines del año 1937:

—Atravesé el Caribe en avión, nos contaba. A corta altura cruzamos un islote, cubierto por la selva tropical. En el centro vi un pantano donde se movían los caimanes, asustados por el ruido del motor. Mis ojos se clavaron en el fango negro y sentí la angustia de caer ahí y hundirme en ese barro caliente.

Mañana del trópico, algunos años más tarde. En el aire azul rueda el sol en líquidas burbujas de oro. Hernández Catá se embarca en un avión para Sao Pablo. Lo veo gesticular alegremente, despidiéndose de sus amigos. Como siempre, es una misión de cultura la que lleva. Va a dar una conferencia.

El avión se eleva y de pronto se produce el choque con otro avión que evoluciona sobre la cancha. Algo insólito y trágico. Cae el avión y en el agua de un lago cercano a Río Janeiro, como el que el escritor de Cuba entrevió al volar sobre el Mar Caribe.